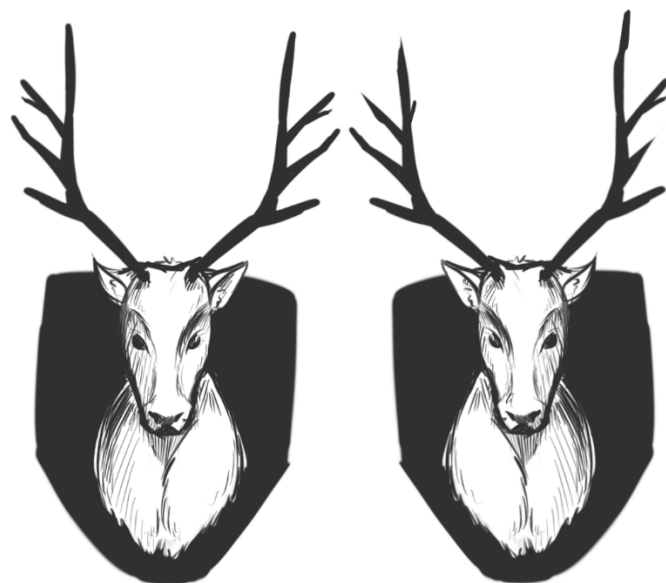


Autor: Abilio Ayuso

JUEGO DE INFIDELIDADES

Ilustrador Ronny Bravo



+12

En una relación de pareja ¿Que es más importante?...
¿Ser fiel, o parecerlo?.

A pesar de que no tenían relación alguna entre ellas, las vidas de Marta y María eran casi paralelas.

No obstante, poseedoras de un carácter totalmente opuesto, afrontaban el día a día de forma muy diferente.

Marta era inteligente y reflexiva, a pesar de provenir de una familia modesta poseía una educación exquisita, que unida a su amplia cultura y gran belleza le había permitido casarse con un hombre inmensamente rico, lo cual le proporcionaba una vida muy confortable y tranquila.

Su marido era un buen hombre, que la adoraba, pero tenía un gran defecto, era lo que solemos decir “Un culo de mal asiento”. En cuanto permanecía un mes seguido en casa ya estaba buscando un motivo para marcharse a la otra punta del mundo, y la verdad es que excusas no le faltaban porque, cada pocos meses, su empresa abría una nueva sucursal en cualquier rincón del planeta.

Al principio Marta se había ofrecido para acompañarle, a lo cual él se había negado con argumentos irrefutables: “Cariño, estaré en la otra punta del mundo, viviendo en algún hotelucho cercano a la obra, haciendo unos horarios absurdos, desplazándome doscientos kilómetros arriba o abajo para entrevistarme con quien haga falta, ¿Como iba yo a estar por el trabajo sabiendo que tú estás sola en una habitación de hotel, o paseando por una ciudad desconocida y tal vez peligrosa?. Cada uno tenemos nuestra misión, la mía es ganar dinero para que puedas vivir como una reina y la tuya esperar aquí mi regreso, en nuestra ciudad, donde tienes tu familia y amigos, gimnasio, masajista y esteticista, para que cuando yo vuelva estés guapísima y donde los criados te puedan ayudar en lo que haga falta”.

Aunque el discurso era muy bonito, la realidad era otra porque, aunque Carlos hacía más falta en la central de su negocio que a diez mil kilómetros, prefería dejar gente de su confianza e irse durante unos meses a vivir a cualquier lugar, cuanto más exótico mejor.

En cuanto se encaprichaba de los encantos de alguna ciudad extranjera ya estaba estudiando la forma de instalar allí una sucursal. De inmediato se desplazaba para buscar sobre el terreno un local adecuado y montar un negocio, pero evidentemente el trabajo duro se lo dejaba a unos subordinados muy eficientes, lo cual le permitía, si le venía en gana, no aparecer por la obra en toda una semana.

Tampoco su alojamiento era ningún “hotelucho”, sino una suite en un hotel de lujo, su meta, como buen vividor que era, consistía en degustar todo el encanto y los placeres del lugar, incluidos los femeninos, hasta que se cansaba. En ese punto dejaba a sus empleados al cargo, alegando que lo importante ya estaba hecho y volvía a casa con su mujercita.

Si algún amigo íntimo, conocedor de sus andanzas, le había echado en cara su actitud, respondía que él quería mucho a su esposa, y que conociéndose a sí mismo sabía que si no hacía aquellas escapadas se sentiría como un pájaro enjaulado, se le acabaría agriando el carácter y su matrimonio fracasaría.

Marta conocía bien a su marido y por pequeños detalles o deslices que se le escapaban en cualquier conversación, se había hecho una idea muy completa de cuáles eran los “duros trabajos” que le agobiaban cuando se hallaba fuera de casa, también sabía que si ponía las cartas boca arriba la cosa acabaría en una agria discusión que podía degenerar en ruptura, y cómo aunque fuera un sinvergüenza quería a su marido y tampoco estaba dispuesta a renunciar a su vida de lujo, prefería hacerse la tonta.

Además, en las semanas en que él se encontraba en casa, la trataba como a una reina y la colmaba de halagos y caprichos, por lo tanto la única condición que le impuso fue que mientras él tuviera que viajar tanto por sus negocios no tendrían hijos, porque no quería que los niños tuvieran que conocer a su padre por fotografía, a lo cual Carlos accedió de buen grado.

Un día que Marta conversaba por teléfono con su madre, una viuda que vivía en Menorca, esta le dijo la típica frase de reproche: “Es que nunca venís a verme”.

“Pero mamá ya sabes que Carlos siempre está fuera con sus negocios, y cuando vuelve está agotado y solo quiere estar en casa conmigo”.

“¿Y tú no eres lo bastante mayorcita para tomar sola un avión y venir un par de días con tu madre?”.

“Oye, tienes razón, cuando llame Carlos le diré que me voy unos días contigo”.

“A ver si es verdad”.

A Carlos le pareció una idea genial, porque como no soportaba la lengua afilada de su suegra que siempre le reprochaba que estuviera más por los negocios que por su mujer, de esa forma se ahorra tener que verla tarde o temprano.

Dicho y hecho, Marta tomó un avión a Menorca y estuvo encantada de acompañar unos días a su madre en la vieja casa de su niñez.

Una mañana en que charlaban las dos en el porche le preguntó por sus amigos de la infancia, pero casi todos habían marchado de aquel pequeño pueblecillo que ni siquiera estaba en la costa.

“¿Sabes quién ha vuelto a ocupar el viejo caserón de sus padres?”.

“¿Quién?”.

“Héctor, tu antiguo novio de niñez”.

“¿Y su mujer acepta vivir allí?”.

“No, se divorció y ella se quedó con el piso, él vive allí solo, dicen que un poco amargado, y se dedica a escribir, o algo así”.

“Por lo poco que se de la zorra que escogió por mujer no me extraña, pues ¿Sabes qué?, le voy a dar una sorpresa, ¿Aun guardas mi vieja bicicleta?”.

“Por supuesto, ¿Acaso lo dudabas?”.

“Me acercaré pedaleando tranquilamente, me hace falta moverme un poco porque con lo bien que cocinas luego tendré que sufrir en el gimnasio para quitarme los kilos de más”.

“¿Te espero para comer?”.

“Si mujer, es solo una visita de cortesía, no creo que me invite”.

“Nunca se sabe”.

Dicho y hecho, se puso un amplio vestido de algodón, una pamelita, tomó su bicicleta, y se dejó deslizar por el camino que tan bien conocía.

El caserón estaba exactamente igual que lo recordaba, Héctor no había modificado nada, tal vez por el recuerdo de sus difuntos padres.

Tanto la puerta del jardín como la de la propia casa estaban abiertas pero el único que salió a recibirla fue un amable galgo que después de aceptar la consabida caricia volvió a meterse en la casa huyendo del calor matinal.

Dejó la bicicleta en el jardín y al traspasar el umbral dio un par de tímidos avisos, no quería encontrar a su amigo en un momento inoportuno.

Quien sí había cambiado era Héctor, por un momento incluso llegó a dudar si era él, musculoso, bronceado, con una larga cabellera color miel y una espléndida barba, apareció luciendo un simple bañador, no tenía nada que ver con el chiquillo delgadito que ella conocía.

Sin embargo, él sí que la reconoció de inmediato, su rostro ceñudo por la inconveniencia de la interrupción cambió de inmediato a una espléndida sonrisa diciendo: “Hostia Martita, que guapa estás, se nota que te prueba la vida de rica”.

La levantó en un abrazo como si fuera una pluma sin que Marta pudiera evitar el sonrojarse al verse estrujada contra aquel cuerpazo, la dejó en el suelo y le dio el par de besos de rigor para luego decirle: “Lo siento chica, como no te esperaba me pillas así de cualquier manera y la casa hecha un asco”.

“Que dices, si estás muy guapo luciendo bronce”.

“Gracias, tú también estás estupenda, se nota que te cuidas, anda ven, vamos al patio interior que bajo la parra se está más fresco, te traeré una limonada casera que hago yo mismo con los limones de mi jardín”.

De paso que se acercaba a la cocina Héctor echó la llave al portón de la casa, ahora ya no le apetecía ninguna visita imprevista más. Cuando salió con la bandeja Marta ya se había aposentado en el cómodo balancín.

“Está fresca, pero te puedo añadir hielo o vodka helado”.

“¿Vodka de buena mañana?”.

“¿Porque no?, con la limonada liga de fábula”.

“Vale, lo probaremos”.

Estuvieron un par de horas poniéndose al día de sus respectivas penalidades, él le contó cómo y porqué de su fracaso matrimonial y para no ser menos ella se sinceró explicándole su condición de semiabandonada.

Cuando acabó, él le acarició suavemente la cara diciéndole: “Pobrecilla, si fueras mi mujer no te dejaría ni a sol ni a sombra”.

Al acabar le dio un tímido beso que ella convirtió en otro apasionado abrazándole fuertemente, al cabo de pocos minutos, mientras él desabrochaba su vestido Marta deslizó su mano por debajo del bañador. Eso fue el pistoletazo de salida, Héctor la tomó en brazos como si fuera un bebé y la llevó a la inmensa cama de su habitación.

Hicieron el amor como posesos, contemplados por el paciente galgo que yacía hecho una rosquilla en su jergón. En un descanso ella le comentó: “Se nota que llevabas hambre atrasada”:

“¿Y tú?, ¿Cuánto hace que no echas un buen polvo?”.

“Pues cuenta... Carlos se marchó en febrero y estamos en pleno verano”.

“Que gilipollas, teniendo lo que tiene en casa largarse por ahí a ligar cuatro zorras”.

“Los hay que son así y necesitan novedades constantes, y hablando de gilipollas... ¿Qué hora es?, le he dicho a mi madre que volvería a comer”.

“Telefonéala y dile que te quedas aquí, aunque no esperaba invitados no te voy a matar de hambre”.

Después de la comida se impuso una siesta, interrumpida de vez en cuando por otra sesión amorosa”.

Al atardecer se ducharon y Marta se vistió para marcharse diciendo: “Me quedaría a dormir contigo, pero sería excesivo, se supone que he venido a ver a mi madre, además, hay que ser prudentes, si por una extrañísima razón Carlos telefoneara a casa de mi madre ella puede decirle que he salido a pasear, pero a las tres de la mañana no cuela”.

“Que racional que es mi Martita”.

“Hablando de ser racionales: Me ha encantado estar contigo, pero en ningún caso voy a dejar a mi marido y venirme a vivir aquí”.

“Estoy completamente de acuerdo, en primer lugar, porque quien ha probado exquisiteces difícilmente se acostumbra al pan duro, al cabo de un tiempo de estar en esta covacha sentirías que te falta algo, además yo he acabado tan asqueado de la relación con mi Ex que me había jurado no tener otra en muchos años, pero que venga una amiga a rescatarme de mi soledad me parece fabuloso”.

“De acuerdo pues”.

Cuando Marta volvió a casa no necesitó explicarle con detalles a su madre lo sucedido, ella solo le dijo: “Me parece muy bien que te diviertas con tus amigos mientras no pierdas la cabeza, con Carlos tienes un futuro, para ti y para tus hijos”.

“Tranquila mamá, ya sabes que tengo la cabeza muy bien amueblada”.

“Espero que así sea”.

Los dos días siguientes fueron parecidos, al tercero, cuando esperaba el taxi que la llevaría al aeropuerto, Marta tuvo que escuchar el cariñoso reproche de su madre: “Bueno, pues gracias por tu visita y tu compañía”.

“No te enfades mamá, ahora me doy cuenta de que necesitaba algo así, la próxima vez lo repartiré, por la mañana contigo y después de comer... A hacer la siesta con Héctor”.

“A ver si es verdad”.

Cuando en una de sus escasas llamadas Carlos le preguntó que tal había ido la visita Marta le contestó: “Pues de fábula, ella está sola y yo también, hemos cotorreado, paseado, recordado viejos tiempos, creo que repetiré más de una vez”.

“Claro que sí cariño, porque yo no pueda estar contigo no has de dejar de divertirme”.

“Te equivocas, cuando no estás se me quitan las ganas de salir a ningún sitio, ni viajar ni nada, pero con mi madre es diferente”.

“Bueno, no te preocupes si todo va bien a finales del mes que viene podré dejar encarrilada esta jodida sucursal y entonces podremos tener nuestras vacaciones en la Polinesia Francesa como tu querías”.

“¿Pasando por París y Nueva York?”.

“Pasando por donde tú quieras”.

“Está muy bien, pero lo que realmente me importa es que estés conmigo”.

“¿Aunque no veas a tu mamá?”.

“Ya se esperará, de todas formas, tarde o temprano aparecerá otra maldita sucursal en nuestras vidas”.

“De eso vivimos cariño, pero cuando tenga el proyecto general acabado no me separaré de ti ni un solo día”.

“Que así sea”.

A partir de entonces para Marta siempre había un motivo de alegría, si su marido regresaba podía disfrutar de su compañía y si se marchaba... De la de su madre y su amante.

Como mujer discretísima que era, nunca se comunicaba con Héctor sino a través de su madre y sin mencionarle para nada, nadie que hubiera escuchado sus llamadas hubiera podido sospechar lo más mínimo: “Hola mamá, vendré este viernes contigo y me quedaré tres o cuatro días, luego estaré un mes o dos sin venir, porque seguramente Carlos volverá a casa”.

En cuanto colgaban, la madre llamaba a Héctor para comunicarle el planing.

Aunque Marta no era demasiado aficionada a las relaciones de la alta sociedad, poco o mucho tenía su círculo de amigas de más o menos conveniencia.

Un día en que compartía mesa en el bar del gimnasio un par de ellas le comentaron: “Estamos pensando en largarnos este finde a un spa de lujo en la costa brava, solo chicas, ¿Te apuntas?”.

“Huy, no puedo, he quedado en ir a visitar a mi madre”.

“No sé qué tendrás tú en Menorca que siempre estás allí metida”.

“Pues tengo una madre que me adora y ha dado su vida por mí”.

“Si tanto la quieres ¿Porque no la traes a vivir contigo?”.

“Por tres razones: No la sacaría de su Menorca ni atada, aunque no existiera Menorca ella jamás querría vivir en casa del yerno, y a Carlos le haría puta gracia tener la suegra en casa, cuando las cosas están bien no hay que menearlas”.

“Vale, vale, si tú lo dices...”.

Pero la cosa no quedó así, el próximo sábado por la tarde, cuando Marta estaba en casa de Héctor, un grupo de cinco amigas llamaban al timbre de casa de su madre, que las recibió entreabriendo la puerta con cara de sargento de la Guardia Civil.

“Que desean”.

“Hola, que venimos a ver a Martita”.

“¿Os ha invitado ella?”.

“Que va... Es una sorpresa”.

“Pues lo siento, pero ha salido a comprar”.

“¿Podemos pasar a esperarla?”.

“Ni hablar, esto no es una taberna, si queréis podéis esperar en la calle tomando el fresco”.

“Oiga... Que somos amigas de su hija”.

“No seréis tan amigas cuando ni os conozco, ni he oído hablar de vosotras, igual podríais ser unas delincuentes o unas zorras que vienen a putearla, así que... Marchando fuera de mi casa, y eso incluye también el jardín, al salir cerrar la verja, no sea que se me cuele algún intruso”.

Se marcharon murmurando contra el mal carácter de aquella mujer y montaron guardia junto a la verja de la entrada. En cuanto hubieron salido, la madre llamó a casa de Héctor tres veces colgando al tercer tono, era la señal de que había problemas, de inmediato recibió una llamada de su hija: “¿Que pasa mamá?”.

“Pues que hay cinco zorras en la calle que dicen que son tus amigas y han venido a darte una sorpresa, evidentemente las he echado con cajas destempladas”.

“Has hecho muy bien, son unas harpías que solo vienen a chafardear, ahora mismo vuelvo, ¿Que les has dicho de mí?”.

“Que habías salido de compras”.

Marta tomó su bicicleta, pero en lugar de dirigirse a casa de su madre dio un rodeo pasando por un mercadillo donde compró apresuradamente cuatro cosas, finalmente llegó, pero desde una dirección contraria a la de casa de Héctor.

Se acercó pedaleando pausadamente, con la cesta delantera cargada de frutas y verduras y puso cara de sorpresa al ver a sus amigas: “¿Pero cómo leches os habéis perdido por aquí?”.

“Queríamos darte una sorpresa, pero tu madre no nos ha dejado quedar ni en el jardín, que mal carácter tiene”.

“De mal carácter nada, es un ángel, pero hay dos cosas que odia: Los desconocidos que se dirigen a ella y la gente que se presenta sin previo aviso, y cuando los dos defectos se juntan en alguien... Ya es la hostia, suerte tenéis que no os haya echado a escobazos”.

“Bueno, ahora le podrás explicar que somos tus amigas y nos hará sitio para dormir, no hemos reservado hotel ni nada”.

“¡Imposible!, si mi madre y yo hemos de compartir habitación, la casa no está pensada para acoger huéspedes, además cuando a mi madre se le tuerce alguien....”.

“Entonces... ¿Hemos venido a verte y nos vas a dejar tiradas en la calle?”.

“Aclaremos el asunto: Yo no os he pedido que vinierais ni os he invitado, y si me hubierais consultado os hubiera dicho que ni de broma, además para verme no necesitabais llegar hasta aquí, me podíais ver en mi casa de Barcelona o en el gimnasio, pero no os preocupéis que no os dejo tiradas, ahora llamo a mi taxista de confianza para que os lleve a un buen hotel, esperarme aquí un momento”.

Marta entró con los paquetes de fruta y telefoneó a su taxista de siempre: “Hola Ramón, soy Marta, tendrías que pasar por casa de mi madre para recoger a cinco

amigas que se han plantado aquí por las buenas, como si esto fuera una pensión, las llevas a un buen hotel que tu conozcas, pero lo más alejado posible de aquí, no te preocupes por el dinero que son ricas, ha... Y por el camino ni una confidencia, son unas zorras de mucho cuidado”.

“Comprendido señora, a la otra punta de la isla porque en esta época está todo lleno, y si no le sabe mal en el hotel me darán comisión por llevarlas”.

“Claro que no me sabe mal, y otra cosa, aunque tu taxi es tipo minibús solo caben cinco personas”.

“Comprendido”.

“Marta salió para acompañar a sus amigas mientras esperaban, en un momento dado les preguntó: “¿Y cómo demonios habéis dado con la casa de mi madre?”.

“Le preguntamos a tu criada, Matilda, no la regañes, le dijimos que era para darte una sorpresa”.

“Claro que no, ¿Porque la iba a regañar?”.

Al llegar el taxista Marta le dijo: “Ramón, estas son mis buenas amigas, ya que no puedo acomodarlas en casa llévelas a un buen hotel donde se sientan a gusto”.

Al oírlo, una de ellas dijo: “Pero Marta, ¿Tú no nos vas a acompañar?”.

A lo cual el taxista interrumpió diciendo: “Señorita, ustedes son cinco, es el máximo de pasajeros que tengo permitido, sino me podrían quitar la licencia”.

“Vale, está bien, hoy todo son pegas. Bueno Marta, ¿Como quedamos?: ¿Vienes mañana a nuestro hotel y hacemos algo juntas?”.

“Imposible, tengo planes hechos con mi madre y no voy a plantarla porque se hayan presentado unas amigas sin avisar”.

Se marcharon refunfuñando, pero nunca más se les ocurrió tratar de acompañar a Marta en sus viajes a la isla, ni avisando ni sin avisar.

Los dos días siguientes Marta, extremando la prudencia, los pasó con su madre sin siquiera acercarse a casa de Héctor, pasearon, fueron a la playa, de compras y hasta al cine. Cuando se despidió su madre le dijo con una sonrisa picarona: “¿Sabes una cosa?, finalmente no ha estado tan mal que se presentaran aquellas lagartas porque así he podido tener a mi hija para mí sola”.

Al regresar lo primero que hizo Marta fue llamar a la criada a su habitación para

decirle con cara de pocos amigos: “Matilda: ¿Como se le ha ocurrido darle la dirección de casa de mi madre a una desconocida?”.

“Señora, es que me dijo que eran amigas suyas y querían darle una sorpresa”.

“¿Y usted no ha pensado que podían ser de una mafia y que tal vez pretendían secuestrar a mi madre y pedir un rescate?”.

“No se enfade señora, es que era tan simpática, ¿Como iba yo a pensar que no era amiga suya?”.

“En este caso sí que lo era, pero podía no haberlo sido. No quiero perjudicarla porque es usted buena chica, aunque muy crédula, pero no puede quedarse aquí, le daré seis meses de sueldo y una carta de recomendación y para todo el mundo usted ha tenido que marcharse para cuidar a su padre que se ha puesto muy enfermo, ¿Entendido?”.

“Si señora”, contestó gimoteando”.

Durante los siguientes diez años no hubo ningún contratiempo más, al cabo de ese tiempo Carlos se fue cansando de tantas novedades, además, a sus cuarenta y cinco años el cuerpo comenzaba a pasarle factura cada vez que cometía excesos, sin embargo, Marta, a sus treinta y cinco estaba radiante.

Un día en que estaban abrazados frente a la chimenea del salón, él le dijo en un tono romántico y seductor: “Cariño, ¿Qué te parece si comenzamos a pensar en tener hijos antes de que se nos pase el arroz?”.

“Lo del arroz lo dirás por ti, yo estoy en condiciones de parir una tribu”.

“Perfecto, pues habla con la ginecóloga y nos ponemos a ello”.

“Un momento, ¿Y qué hay de las sucursales?”.

“Creo que el negocio ahora ya está completo, y si hace falta algo mandaré a uno de mis ayudantes, que trabajen ellos que son más jóvenes, yo ya no estoy para esos trotes”.

“Te tomo la palabra, mañana mismo pido cita con la doctora”.

Cuando Marta habló con Héctor por última vez, este le dijo con una sonrisa: “Todo encaja, ya va siendo hora de que rehaga mi vida y busque una novia formal. En este tiempo tú me has curado de la misoginia que me había provocado mi exmujer, pero has sido mucho más que una amiga o una amante, siempre te llevaré en mi corazón”.

“Me alegro de haber sido tu enfermera, tú también has sido el mío, sin ti hubiera

acabado amargada por el abandono y las infidelidades de mi marido, mientras que de esta forma hemos equilibrado un poco la balanza”.

A partir de entonces cortaron toda comunicación, Héctor se juntó, aunque sin casarse, con una mulata preciosa de la que tuvo una niña más guapa aún si cabe.

En los siguientes años, Marta tuvo dos hijos preciosos, que para Carlos representaron una novedad más estimulante aún que las anteriores escapadas, verlos crecer, descubrirles el mundo... No veía el momento de regresar a casa con su mujer y sus niños o ir los cuatro juntos de vacaciones”.

Pasó el tiempo y el secreto de Marta solo llegaron a conocerlo su madre, Héctor y ella misma, sin embargo, un día que estaba a solas con Carlos, este comenzó a sincerarse diciendo: “Martita, has sido la mujer más maravillosa que podía haber encontrado, sin embargo yo no soy tan bueno y no me quedaré tranquilo sino descargo mi conciencia contigo, en todo este tiempo que he estado viajando por todo el mundo...”.

Al llegar a este punto ella le puso la mano en la boca y le dijo: “Ya lo sé”.

“¿Qué es lo que sabes?”.

“Que si hubieras querido te las hubieras podido apañar para viajar menos, y si hay algo más que explicar, que seguro que no lo habrá, no quiero saberlo, ni ahora ni nunca”.

“Eres un ángel, ni en toda la faz de la Tierra hubiera podido encontrar otra como tú”.

Aunque la vida de María era calcada a la de Marta, ella se lo tomaba de forma muy diferente, cada vez que su marido, Fernando, se encontraba fuera los celos se la comían por dentro, procuraba enterarse por todos los medios posibles de sus andanzas, incluso llegó a contratar una agencia de detectives que no hizo más que confirmar lo que ya sospechaba.

Cuando él regresaba a casa todo era mal humor y reproches, con lo cual lo que conseguía era que a pesar de que su marido la quería se volviera a marchar mucho antes de lo que tenía planeado.

Finalmente, María tomó una determinación, haría que su marido sufriera los mismos celos por los que ella estaba pasando, aunque no se podía calificar de inteligente era lista y retorcida y utilizó todos sus recursos para montar una verdadera obra de teatro.

Comenzó marchando dos o tres días a un hotel apartado, de los catalogados como románticos, donde se pasaba los días encerrada en su habitación viendo la televisión y leyendo novelas, eso sí, avisando a los criados de donde se encontraba por si surgía algún problema. Estos, siguiendo instrucciones, se lo explicaban al señor, si en alguna ocasión telefoneaba a casa,

Cuando su marido le llamaba al hotel y le preguntaba que hacía en un lugar tan apartado ella contestaba de forma enigmática: “Pues mira, me sentía sola, y sola por sola prefiero estar aquí”.

Completaba el teatro tapando el micrófono a media conversación como si hablara con alguien, o si el cable daba de sí abriendo el grifo de la ducha, como si hubiera alguien más en la habitación.

Cada vez que solicitaba que le subieran una comida a la habitación, pedía doble cantidad de la que razonablemente ella podía ingerir y licores que ella jamás hubiera probado, los cuales iban a parar directamente al inodoro. Al marchar pagaba con la tarjeta de crédito y una vez en casa dejaba la cuenta del hotel arrugada en un rincón del coche de su marido sabiendo que a él le gustaba limpiarlo personalmente.

También contrató a hombres con voz varonil que telefoneaban preguntando por ella en los momentos en que su marido estaba en casa, cuando este le pasaba el teléfono ella contestaba con monosílabos y risitas para finalmente decir: “Bueno, ya hablaremos”.

Llegó un punto en que Fernando decidió poner las cartas boca arriba, a lo cual ella respondió con fingida cara de asombro: “¿Yo infiel?, claro, piensa el ladrón que todos son de su condición, pues mira, sino quieres tener dudas no me dejes aquí tirada durante meses”.

María pensó que su estratagema estaba surtiendo efecto y retomó la puesta en escena con mayor afición si cabe, pero lo único que consiguió fue un divorcio por infidelidad con escasas ventajas económicas, ya que fue mucha gente la que testificó contra ella, puesto que nadie quería ponerse a malas con el potentado.

Los siguientes años los pasó sin pena ni gloria sin poder rehacer su vida sentimental, ya que los hombres de condición modesta le parecían poca cosa y los de la alta sociedad, dados sus antecedentes, apenas querían saber nada de ella, todo lo que consiguió es algún revolcón y si te he visto no me acuerdo.

Tampoco a Fernando le fueron del todo bien las cosas, finalmente lo pescó una lagarta más lista que el hambre, que sólo estaba enamorada de su dinero y que hizo lo que le dio la gana sin dejar rastro alguno, sin olvidarse de quedar embarazada un par de veces para tener un par de rehenes a su favor.

Fernando no llegó a saber que ninguno de aquellos críos era suyo y aunque hubiera llegado a sospecharlo no le hubiera servido de nada porque en la década de los setenta las pruebas de ADN no existían.

Finalmente fue ella la que consiguió pruebas de infidelidad contra él y le planteó un divorcio en el que le hizo perder la custodia de sus hijos y la mitad de su fortuna.

Cuando tuvo todo en su poder aún le humilló todavía más explicando confidencialmente en los círculos sociales de ambos que los niños que en un futuro heredarían la fortuna de su exmarido eran en realidad hijos de su amante.

Después de lo ocurrido Fernando huyó de las mujeres como de la peste, limitándose a contratar prostitutas cuando le apetecía.

Años más tarde encontró casualmente a María en un compromiso social. Se saludaron cordialmente, aunque con tristeza, por una u otra razón ambos estaban amargados, después de una charla amistosa ella le confesó que nunca le había sido infiel, que todo lo que hizo fue un montaje porque estaba muerta de celos.

La respuesta de él la dejó sin aliento: “La verdad es que en el fondo ya lo sabía, pero hiciste tan bien la comedia y le diste tanta publicidad que mi orgullo me obligó a divorciarme, a pesar de que te quería”.

“Me querías, pero apenas parabas en casa”.

“Realmente fui un estúpido, siempre en busca de novedades, sin pensar que la mejor novedad la tenía en mi propio hogar”.

“Yo también fui una idiota montando aquel número”.

“Bueno, aun podemos arreglarlo, ¿Quieres venir conmigo a casa?”.

FIN...